PALABRAS PROEMIALES

Excmos. e Ilmos. Sres.; señoras y señores:

Después del tesoro inapreciable de su talento, de su sensibilidad, de su saber, otras dos riquezas hemos de considerar en el haber de Menéndez Pelayo: la de la colección bibliográfica que custodiamos en esta Casa y la del caudal —cualitativamente riquísimo— de los que se honraron con el noble título de amigos del maestro. Porque fue D. Marcelino notoriamente sociable, y por su generosidad, por su fidelidad, por su acusado sentimiento de la gratitud, por su tolerancia, digno de ser correspondido con ese tesoro de la amistad verdadera, en la medida que la definió su admirado Luis Vives: «Nullae certiores opes, quam certae amicitiae».

No puedo ocultaros, señoras y señores, la emoción que me embarga al ver cómo hoy empieza a verse cumplido un proyecto que desde tiempo venía acariciando: el de que las efigies de los mentores y amigos de D. Marcelino ilustrasen los pétreos muros de este Centro para ser guardas y heraldos del tesoro espiritual que sabiamente legó a esta ciudad.

Perdonadme esas palabras iniciales, dictadas por el fervor, cada día y cada hora más ahincado en mí, por la obra y por la persona del maestro, pero innecesarias para tan docto senado como el que hoy honra esta Cátedra. Si tengo que demorar por breves minutos vuestro justo deseo de escuchar los doctos discursos que nos dictarán los señores Cossío y Mendía es porque pecaría de ingrato sino expresase públicamente la gratitud de este Centro a cuantos han cooperado a la realización del doble homenaje que hoy rendimos a la memoria de D. Miguel Antonio Caro y de D. Gumersindo Laverde Ruiz.

Gracias al iniciador del homenaje a Laverde, mi docto amigo, el inspirado poeta, el diligente investigador, D. Dionisio Gamallo Fierros. Su iniciativa, a la que se asoció sin la menor vacilación esta Biblioteca, fue acogida y ha sido hecha realidad por el esfuerzo ejemplar del Centro Gallego de Santander, que vió en la figura venerable de D. Gumersindo el símbolo de ese doble sentimiento de amor a la tierra nativa y

adoptiva, ese noble sentimiento que los Centros regionales han de alentar y fomentar como la más importante de las misiones que les están confiadas. Y, como testigo de mayor excepción, puedo aseguraros que en las asambleas plenarias del Centro Gallego, en las múltiples reuniones de su digna Junta Directiva —a las que he asistido por su generosa tolerancia— y en las incansables gestiones del ejemplar Presidente de ese Centro, D. Emilio Otero Val, nunca desmayó el esfuerzo organizador, nunca se vaciló ante el sacrificio económico, nunca dejó de primar sobre otra suerte de intereses el elevado, espiritual sentido que tenía el Homenaje al ejemplar varón de dolores nacido en Estrada, educado en la Universidad ovetense y maestro esclarecido del Instituto de Lugo y de las Escuelas universitarias de Valladolid y Compostela. Mañana mismo —después que se descubra en la iglesita de Serdio la placa conmemorativa ofrendada por la Excma. Diputación Provincial de Santander—, continuaremos nuestra peregrinación a todos esos lugar y ofrendaremos una plegaria y una corona de laurel ante la tumba de Laverde, en el pueblecito lucense de Otero de Rey. Puede sentirse orgulloso el Centro Gallego de Santander de la lección de espiritualidad que ha dictado con la organización de este homenaje nacional a la memoria de Laverde Ruiz.

Como mañana en el paraninfo de la Escuela ovetense oiremos la docta lección de mi antiguo discípulo en aquella Universidad, el catedrático Dr. Martínez Cachero —autor, entre otros trabajos, de uno muy puntual sobre las relaciones de Menéndez Pelayo y Asturias—, hoy escucharemos la voz más autorizada para tratar de Laverde, la del autor de la más cabal monografía hasta ahora publicada sobre nuestro ilustre paisano. Bien comprenderéis que quiero referirme al más asiduo lector de esta Casa, al que con más reiteración honra con sus estudios las páginas de nuestro Boletín, al fecundísimo escritor que en un período de pocos meses del año que corre nos ha ofrecido más de 3.000 páginas de riquísima erudición y exquisito lenguaje: el tomo IV de su enciclopedia taurina, los dos abultados volúmenes de su magistral estudio sobre la poesía española de la segunda mitad del pasado siglo y ese libro que, con *Costas y Montañas*, será el breviario espiritual de nuestra región y que se ha intitulado feliz y modestamente *Rutas literarias de la Montaña*. Y aunque baste y sobre lo dicho para que vuestro aplauso al sabio académico, al más caudaloso «archivo vi-

viente» de la poesía española de todos los tiempos, sea cerrado y fervoroso, quiero añadir que el señor de la Casona de Tudanca ha tenido que hacer un verdadero sacrificio para acompañarnos e ilustrarnos en esta sesión.

Y bien será que en esta ocasión y lugar os haga partícipes de una buena nueva para los devotos de Menéndez Pelayo y Laverde. Las cartas de éste a aquél consérvanse como sabéis, en este Centro; las de Menéndez Pelayo a Laverde sólo muy parcialmente habían sido extractadas en algunos estudios, y desde siempre ambicionábamos su total lectura, puesto que con ella se determinaría, entre otras cosas, la mutua y discutida influencia entre el apasionado y docto arbitrista de empresas histórico-literarias que fue Laverde y el sabio realizador de tantos y tantos de esos proyectos. Puedo hoy comunicaros esta feliz noticia: las doscientas sesenta y cuatro cartas que D. Marcelino escribió, entre los años 1874 y 1890, a su mentor y amigo, están en poder del ilustre senador chileno, hoy Embajador de su país en España, el Excelentísimo señor D. Sergio Fernández Larraín. Docto jurista, brillante parlamentario, es además mi querido amigo el Sr. Fernández Larraín un culto, infatigable y, por ende, afortunado bibliófilo, además de un devoto estudioso de la obra de Menéndez Pelayo y de todas las glorias del pasado español. La visita que, en compañía de su Ministro Consejero, D. Alvaro Droguett del Fierro —de quien sólo y nada menos quiero deciros que es digno Consejero de tal Embajador— hizo a esta Biblioteca y la que, en la pasada semana, devolví al ilustre Embajador en su residencia de Madrid, puedo aseguraros que serán fecundísimas para los estudios menéndez-pelayinos y para el mejor conocimiento del montañés que honramos en este acto. Nuestra gratitud a la inteligente generosidad de D. Sergio Fernández Larraín.

Un querido compañero en la Junta de Gobierno de la «Sociedad Menéndez Pelayo» y que, por otra parte, ostenta la representación consular de Colombia en esta ciudad, D. Fernando Calderón y G.-de Rueda, me había indicado más de una vez que una de las figuras que debía tener puesto en la galería de amigos de D. Marcelino era la del ilustre humanista colombiano D. Miguel Antonio Caro. En la pasada primavera, recibí la visita de mi querido amigo e ilustre compañero, el académico colombiano D. Bernardo J. Caycedo. Grande fue su emoción al recorrer el breve pero evocador itinerario de la Biblioteca y de la

«Casa-Museo». Al regresar de ésta, expuse al Sr. Caycedo nuestro proyecto, que mereció, no ya su aprobación, sino la acogida más entusiasta. Hízome una promesa terminante: en un plazo muy corto allegaría lo necesario para que el monumento a Caro fuese una realidad. Y, en efecto, buscó la cooperación del benemérito «Instituto Caro y Cuervo» y la de los familiares de D. Miguel Antonio. Gracias a uno y otros se podrá hoy descubrir la efigie del sabio estadista.

Siento de todas veras que no pueda acompañarnos en esta fiesta el Sr. Caycedo. A su fervoroso menéndez-pelayismo débese muy fundamentalmente la realización de este homenaje. Uníos —os lo ruego— a mi sentimiento de gratitud al docto académico colombiano y a los generosos donantes de la obra escultórica que muy pronto vamos a contemplar.

Y réstame dar la bienvenida a esta Cátedra al distinguido escritor y muy digno Agregado Cultural de la embajada de Colombia en España, Iltmo. Sr. D. Ciro Mendía. Basta echar una ojeada a la bibliografía publicada por D. Francisco Sánchez Arévalo en su estudio *Marcelino Menéndez Pelayo y Colombia* para advertir cuánta fue la aportación de nuestro sabio a la crítica literaria del país hermano y cuántas páginas se escribieron en él sobre D. Marcelino. Sólo los tres estudios de don Miguel Antonio Caro (1883), de D. Antonio Gómez Restrepo (1912) y de D. José María Rivas Groot (1917), que tan oportunamente reunió en un volumen la Academia Colombiana en el año centenario de Menéndez Pelayo, son suficientes para que consideremos a Colombia como uno de los países que más han contribuído al conocimiento de la obra de nuestro gran crítico. Ruego al Sr. Agregado Cultural que, al aceptar el testimonio de nuestra gratitud por su colaboración en este acto, acepte también el encargo de trasmitir nuestro respetuoso saludo al Sr. Embajador y nuestra gratitud a los ilustres colombianos que han hecho posible este Homenaje a D. Miguel Antonio Caro.

Y disculpadme, señoras y señores, por no haber sabido con más cortas palabras daros cumplida información de la concepción y gestación de este doble homenaje que en la Fiesta de la Hispanidad tributamos a D. Miguel Antonio Caro y rendimos, en la fecha del 70 aniversario de su muerte, a D. Gumersindo Laverde Ruiz.

IGNACIO AGUILERA